

El taladro del fuego (fragmento)

Alberto Blanco

Parto del tres, del triángulo del fuego. Nada mejor que esta caminata por la flor que fluye hasta llegar a la consumación de la brasa. Los sellos palidecen.

Arboles amarillos en la noche, dorados en el otoño, rojos en la primavera: sonoras maravillas a los ojos del otro.

Hay un ángel revoloteando frente a la ventana. Es bello como el cielo en un libro de poemas, pero nadie lo quiere decir. No sé cómo vamos a enderezar estas varas torcidas.

Se alcanzan a escuchar del otro lado del muro las voces de unos niños que juegan. Joyas en el aire que se duermen de cansancio. Son ecos de otra edad en este tiempo. Águilas sobre la nieve delante de la luna.

Cada cristalización tiene su propia geometría, y yo me excito ante las formas del tiempo. Supertramp. Pienso en un piano en la nieve.

Matemáticas del fuego: oro de liebre azul y lógica veloz.

Correspondencias en la naturaleza: la bóveda que palpita al ritmo de los cirios, los bosques de Pentecostés.

Cambio de elemento, de letra, de color... todo es lo mismo. Tiempos disponibles, resurrección, nueva luz en cada instante... todo es distinto.

Empieza por ser una fogata, luego un león, después un astro mínimo... ahora un caracol; ya es un caballito de mar, ya es un dragón... es una bailarina que gira dentro de un címbalo: la niña de mis ojos, princesas de amar.

Abrazo a la plaza y sus faroles amarillos y, por primera vez, me doy cuenta de que los árboles son los seres vivos más grandes que existen en la Tierra. Los niños me dicen que las montañas... atraviesan el mar.

Entre más grande es un ser tanto más lento. A más velocidad más corta vida y menos cuerpo. Hay que tomar todo esto en cuenta a la hora de medir, a la hora de hablar...

Porque si bien una palabra puede abrir mundos, también una palabra los puede cerrar.

Pero, ¿quién tiene la última palabra?

Ella nadaba en la pecera. Sus movimientos eran cada vez más perfectos. Era el agua, el agua del sueño que te dije...

Lentamente las vigas se afianzan, se abren las flores de la vigilia, las marquesas de andar. No hay gallos ni auroras. Destellos rojos en las copas de los sauces. Arcos de agua en su monólogo de siempre.

Mandalas perfectísimos en los hot cakes del desayuno bañados con cerveza. Después del diluvio viene la calma de la costumbre, el contorno preciso y las palabras de rigor.

Vamos a la vega del río, al lugar casi increíble, inolvidable. Allí está la fuentejilla entre cinco árboles frondosos, la colina de hierba, las eses de agua y la banca blanca al otro lado del río.

Hay un pájaro transparente en el corazón del bosque: escucho su llamado en los caminos del sueño. Si el río sueña es porque agua lleva... todo parece proceder por círculos concéntricos. Como el trabajo de la bella jardinera que gira según las predilecciones de su instinto.

Paisajes oníricos del gran burgués, insolente verdor, veredas prendidas de recuerdos:

La vez que me quise tirar desde el puente y comprendí por fin que nadie se tiraba... si acaso una hoja seca que arrastra la corriente y desaparece; si acaso una estrella de saliva.

La vez que nos sentamos en la total oscuridad a tratar de verle los ojos a los árboles, a tratar de sentir el pulso de la tierra, el calor del sol de lentas horas.

La vez que seguimos la voz del río y en silencio contemplamos la más bizarra procesión de seres que imaginarse pueda: fieras y reyes reunidos en una sola sombra.

Maravillosa estampa: dos vacas blancas y negras cruzan parsimoniosamente un puente: abajo el río ruga y se revuelca. Desnudez infantil: si hacía falta una jacaranda para graduar los matices, ¡aparece!

Le digo adiós al lago y retomo el fuego del camino. El sol entre los árboles tira su piedra.

Llegamos a la ciudad del párpado rosa, justo al atardecer, en la luz precisa de sabias canteras. Una nube majestuosa recubre una revolución de astros invisibles. Los rostros de los protagonistas emergen de los muros. Mas hay ídolos que se derrumban estrepitosamente... no creas nada que no puedas comprobar por ti mismo.

* Del libro *La cuenta de los guías*, que publicará en breve Ediciones Era.

Las vías son tantas y el espacio tan vasto que de todas maneras se puede... por el arte, por la risa, por la quietud: Lo mismo haciendo zapatos, que vendiendo curiosos o tallando piedras preciosas. Anyway. Su humildad nos está pensando. Hambre y sed.

Cubo de estrellas: claridad en la noche de Pátzcuaro. Se escuchan las voces de fieras iluminadas. Enormes cantidades de energía son necesarias para transmutar un poco de materia.

Pero a veces confundimos la sal con el azúcar, y la terracota del ocaso con el lago rojo detrás de los eucaliptos.

Recupero el zig-zag del techo con el metal de los campanarios. La hora del rosario gotea en la plaza del pueblo. El lago se extiende como una media luna entre mariposas de hielo y los clichés del obturador.

El hidrógeno hace sonar serenamente su campana de Gauss. Mil cumbres: dientes azules. Sin fósforo no existen pensamientos ni grandes terrazas. Y el fósforo —ya se sabe— es indispensable para el viaje: lleva la luz a cuevas.

El camino nos lleva de nuevo al lago rojo; al agua del corazón. Brotan rayos al pie de la encina. Los árboles corren a encontrar refugio cuando el agua brama porque quiere volver a su nivel celeste. Lucky Strike.

Se consume la alianza de la bugambilia y de la jacaranda. Las vacas redondean el verdor mientras dos buyes magníficos descansan a la sombra del árbol del mundo.

Viejos ancestros enterrados al centro de la plaza. La sensación es armoniosa; entre tejas y copas se cierra la lluvia. Al bastonazo del rayo la naturaleza obedece.

Paisajes después de la tormenta en los cristales de la panadería. Para esos niños los panes son montañas, ciudades en la mente despejada, milagros al tamaño justo de la necesidad.

Aquí está la piedra que conmemora el golpe del bastón, la tumba en el relieve, la mano del patriarca que hace brotar el agua de la roca. Voy a ver a la Virgen de la salud.

Las cuatro esquinas me reciben: tres animales alados y Mateo que pisa la bolsa de lux. La llama altísima de la vela parpadea mientras las mujeres barren el laberinto de la iglesia.

Flor de los candelabros, párpados de cera, dos espigas doradas se cruzan de brazos y custodian a la muñeca del saber. La única que se yergue sobre una barca de plata y un ángel caído al mismo tiempo. Me veo en la dualidad.

Lápices de colores son los cambiantes sentimientos, hombres y animales recortados en la montaña. Minas de grava, colinas de arena, texturas mexicanas que el tacto reconoce una vez más.

Las polillas del Cristo, la niña muerta detrás de los rosales, el pozo de helechos, la silla de flores, las venas de las campanas... los seres que penetran desde otra dimensión.

Virgenes y niños de madera flotando en la vitrina azul. Buenas bestias de una elegancia fabulosa. La mano del Creador colocando los astros en el cielo de cristal.

Más blancos que el muro enlucido, el alcastraz de los ojos a la crema Chantilly, los patrones persiguen al loco en el sueño. La oscuridad del sueño de la vida no tiene estrellas. Este es el cuento:

Si quieres ser artista, sólo escucha los ritmos de la naturaleza. Rimas de volcanes en el viento, niños que enseñan a dibujar y a seguir el hueco del movimiento indicado, el genio principal.

Aromas telegrafados, redes en la verdura del aire para el cirquero de la imaginación. Claro que lo puedes disfrutar vicariamente, pero no es ésta la respuesta. La respuesta brilla con luz propia.

Los grandes árboles nos cuentan sus cuentos en hileras: sauces llorones, robles, encinos, oyameles, chopos, jacarandas, bugambilias, olmos, pinos negros y eucaliptos, juníperos y abetos en peregrinación.

La mirada no descansa: acomoda la manta del planeta. Allí donde el cuerpo se detiene, los ojos se lanzan confiados. El agua recorre la armónica de los arrozales. Está en nuestra tierra la esencia del ritmo.

El futuro sube —Occidente— y el pasado baja —Oriente— como los árboles en el volcán. Esto es Occidente.

Nosotros queremos el abrazo de los hemisferios, la risa de la rosa. Queremos el fuego que enderece los caminos y escogemos, por eso, la balanza: el pasado bien arriba y el futuro que desciende.

Si suben los árboles a la celebración del lago, todo está por suceder. Mas si ya sucedió, los profetas de la anestesia se atropellan empavorecidos. Estóolidos bribones. Crear sin alegría no tiene objeto.

Fragancias del ocaso: las jacarandas están llorando con esta luz. Oleadas de pájaros matizan el cielo. Los tristes espantapájaros se retiran a hacer cuentas; a confrontar sus puntos de vista; a comer ansias.

Las plantas refinan minerales; los animales refinan plantas; y el hombre refina todo. La realidad es que todos nos estamos refinando. Más vale entender la lección.

Un manglar nos espera bajo el vitral oscuro. Las botellas rotas destellan como gatos al lado del camino, mientras los peones avanzan en el campo sembrado de frijol y de trigo: se quieren coronar. □